

Auandarhu anapu (Del cielo)

Morelia Peña Belmonte

Premios DEMAC 2009-2010



México, 2011

Primera edición, junio de 2011

Auandarhu anapu (Del cielo)
por
Morelia Peña Belmonte

© Derechos Reservados, primera edición, México, 2011, por
Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.
José de Teresa 253,
Col. Campestre
01040, México, D.F.
Tel. 5663 3745 Fax 5662 5208
Correo electrónico: demac@demac.com.mx
librosdemac@demac.org.mx

Impreso en México

ISBN 978-607-7850-29-8

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios –incluidos los electrónicos– sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

AUANDARHU ANAPU (Del cielo)

La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran la tierra y el mar: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Catarsis. Ésta es la primera idea que viene a mi mente al decidir escribir mi autobiografía: acción purificadora. Hay quienes dicen que la catarsis es “la liberación de las pasiones”; me gusta para que me suceda.

En la historia de mi vida hay un paréntesis muy grande, ya que recuerdo algunos sucesos del kínder, del primer grado de primaria, y luego me salto hasta sexto. No sé a ciencia cierta qué pasó durante los cuatro años que no recuerdo, de segundo a quinto, pero seguramente no fue nada bueno. De lo contrario, lo tendría fresco en la memoria.

Comencé a buscar mi libertad desde muy joven. Hoy en día estoy cierta de que la forma en que lo hice no fue la más adecuada: me casé a los quince años. Pero ¿cómo saber que el matrimonio no era la mejor opción a esa edad, si no tenía memoria de buena parte de mi vida, ni de la de las personas que me rodeaban, sino a partir de mis doce años?

Me casé un 30 de diciembre, un mes después de irme a vivir con él. Me casé porque un hermano suyo exigió que legalizáramos ese amasiato. Nos llevó a buscar, en los pueblos aledaños a la ciudad, un juez que quisiera casarnos sin nuestros padres (porque éramos menores de edad). Después de algunas horas y mucho tocar puertas, en un pueblo llamado San Agustín del Pulque, una mujer con mandil manchado de chile y unas hermosas trenzas dijo: "Pásenle, ahorita yo los caso". Efectivamente, ella era la juez del pueblo. Acto seguido se trajo a un hombre que fumaba en la esquina y se protegía del sol con su sombrero; le tocó a la puerta a su vecina, a quien también se trajo, y formó así nuestro cortejo. Ellos fueron nuestros testigos y, por lo tanto, padrinos, y como ser padrino es ser segundo padre, al término de la ceremonia nos hicieron una comida, mataron un guajolote, nos dieron mole, jarras de agua de

frutas, y hasta invitados llevaron. No conocíamos a nadie, pero estábamos contentos. Tuvimos nuestro banquete de boda.

Obviamente, me embaracé en cuanto probé las mieles sabrosas de la vida, del amor en la intimidad. Era como un paseo por las nubes, como estar en el cielo, una danza constante. Mi esposo —sólo un año mayor que yo— parecía conejo... y, la verdad, yo también. Sus besos, sus abrazos, la calidez de su toque, la ternura con que me amaba, y una cama vieja y desvencijada que había sido de él desde su infancia, en un cuarto pequeño y con poca luz, eran el preámbulo perfecto para el amor en su máxima expresión. Así que, resultado de esos idílicos encuentros, al año de casada nació mi primera hija, una preciosa niña muy blanca y redonda. Lloraba ella y lloraba yo, porque no sabía qué hacerle. Me habían dicho que un bebé sólo llora por hambre, sueño o porque está sucio. Palabra de honor, esta niña no necesitaba nada de eso, pero qué buen pulmón tenía. Hasta creo que presentía que estaba en las manos más inexpertas del mundo, y era por esa premonición que lloraba de horror.

Desde luego, aquí no comienza mi historia.



Yo nací en la ciudad de las canteras rosas, Morelia, en Michoacán de Ocampo, un 1 o 2 de febrero de 1972. Esta confusión del día es porque mi mamá asegura que nací el 2, pero como mi acta de nacimiento dice 1 y yo no confío en mi madre, prefiero festejarme el 1; papelito habla.

Mi hermana menor fue mi memoria hasta los doce años, y por ella sé que éramos familia bien acomodada, porque vivíamos en una casa muy cerca del centro de la ciudad y mis padres eran profesionistas. Mi papá, abogado de profesión; y mi mamá, dentista con consultorio propio y toda la cosa.

Estudí en un kínder ubicado a dos cuadras de la casa; se llamaba Melchor Ocampo y, en definitiva, las personas que laboraban ahí no le hacían honor al nombre, porque él fue un político liberal (por cierto, de Michoacán), cuya bandera fue: tolerancia e igualdad. ¡Nada que ver con las cacatúas castrantes que yo tenía por maestras! En la casa, de tiro por viaje se olvidaban de recogerme. Lo bueno —decía la nana— es que don Benja, conserje de la escuela, me cuidaba hasta que se acordaban de que yo existía, o bien hasta que él terminaba con sus deberes y me

llevaba, lo cual agradecían mis padres sonoramente.

En la primaria me puse más viva y me iba solita a la casa, para que ningún don Benja me cuidara o jugara conmigo a la mamá y al papá: “No te va a doler, no te asustes, yo te cuido. No, no es malo, es sólo un juego inocente, estate quieta”. Yo quería escapar, liberarme de ese cuerpo obeso y sucio, de esas manos malolientes, pero algo dentro de mí no respondía. Mi cuerpo se dormía completo, una fuerza superior a mí me inmovilizaba.

Eso sí, de la primaria llegaba corriendo toda agitada a tomarme un biberón, pues aunque ya tenía cinco años, me seguían preparando el bibe de atole de canela, bien espeso, con su yema de huevo revuelta. En la casa a todo le ponían huevo: a la sopa, al caldo, al licuado, al biberón, al jugo; todo era huevo. La nana decía siempre que “con buen alimento mejor pensamiento”. Lo único bueno era el atole. Sabía tan bien que, en el momento de escribir estas palabras, llega a mi olfato ese olor dulzón y suave. Pero, ¿quién hacía el atole si mis papás se la pasaban trabajando y trabajando, dizque para darnos una vida mejor? Aquí es donde la puerca torció el rabo: LA NANA, a quien voy a llamar en lo sucesivo “la nana perversa”. Ya se entenderá por qué.



Mi papá viajaba mucho por cuestiones de trabajo. Siempre le ha gustado la política, hasta fue presidente municipal de su pueblo a los diecinueve años. Él es —y por lo tanto de ahí vengo— de la meseta purépecha, mejor conocida como la Cañada de los Once Pueblos, lugar donde están nuestras raíces. Es un lugar pintoresco, con casas de tejas hechas con barro rojo; paredes pintadas con cal, mitad roja mitad blanca; amplios y frescos patios llenos de macetas con begonias, azucenas, nomeolvides, dalias, anturios, hasta asientos de la suegra que se dan en climas cálidos. Ahí, en invierno, se congela el agua, pero en primavera se oyen las corrientes del río cristalino que te invita a entrar. Ahí, las mujeres hacen cántaros de barro para comerciar que, al contener el agua, le dan ese sabor incomparable y superior a cualquier agua embotellada, pues sabe a tierra, a agua caída del cielo, a naturaleza, a aire libre y puro (escaso en estos tiempos).

En nuestro pueblo se da la guayaba, la pera, la zarzamora, el aguacate; ahí, mi abuelo tenía huertas, marranos, chivos y pollos. Mucha gente no lo cree porque no lo ha probado, pero el sabor de la fruta recién cortada es diferente que la

del mercado, es como si comieras original y no “pirata”.

Mi papá ha sido servidor público de primer nivel en el estado, pero nada de eso me tocó disfrutar, porque cuando se comenzó a comer con mucha manteca en casa y a tener para pasear en Disney World, yo ya estaba casada, así que la fiesta sólo les tocó a mis cuatro hermanos. El mayor lo es por once meses, aunque mi papá siempre ha dicho que yo soy la mayor de sus hijos, no sé si porque me adelanté a mi hermano en todo o porque tienen la teoría de que mi mamá, cuando tenía a mi hermano en la panza, se cayó y él se pegó en la cabeza, y a partir de entonces dicen que quedó tontito. A los diez meses de mi nacimiento, llegó mi hermana; a ella le sigue otro hermano a quien le lleva diez meses, y el más chico, que también nació diez meses después del último embarazo y que, hasta la fecha, es un niño aunque ya tiene más de treinta años.

Hoy sé que fui mamá sustituta de mis hermanos, pues era la mayor, lo cual no es novedad en una familia mexicana. Aun así, no deja de ser un terrible perro en la espalda para quien lo vive; un lastre. Por cierto, parece que no fui muy buena madre para ellos (aunque no es fácil serlo a los diez años), pues el mayor, hoy por hoy, es

alcohólico. Por eso y otras gracias, mis papás lo tienen exiliado en el pueblo. A sus casi cuarenta años lo siguen manteniendo. Prefieren depositarle una cantidad mensual, pues si no lo hacen puntualmente —siempre procuran hacerlo— él viene a Morelia, y cada vez comete alguna avería: le gusta violar a la gente, niños, ancianas y a quien se deje. En tiempos pasados incluso lo hizo con la nana perversa; a todas las muchachas del servicio de mi mamá las ha espantado por eso, y más de alguna no ha sido convencida por el poderoso caballero, don Dinero, y lo ha denunciado ante el Ministerio Público, con consecuencias un tanto preocupantes —más para mis padres que para él—, porque ni siquiera pisa la cárcel. En sus visitas también les roba a mis papás lo que encuentra a la mano: oro, zapatos, corbatas (siempre y cuando sean de marca reconocida); algunas veces me parece que lo hace más por diversión que por necesidad. Mi teoría es que de tonto no tiene un pelo. Una vez les robó un cheque en blanco, falsificó la firma de mi papá y mandó a un amigo a cambiarlo. ¡Se llevó veinte mil pesos en un ratito!; en ese tiempo eso era un dineral. Se fue con un amigo a la playa y regresaron hasta que se terminaron el último centavo. Mis papás se dieron cuenta por el video del banco, luego por la ausencia de mi hermano, pero

la prueba más contundente fueron las fotos que les traje de Acapulco. Si quisiera disculparlo, diría que de seguro a él le pasaron cosas, igual que a mí, cuando era chiquito, y que sólo demuestra su enojo y lo que hace es por vengarse. Lo que sí es seguro es que ese golpe en la panza no lo dejó nada tonto.

Por su parte, mi hermana tuvo varios intentos de suicidio, fallidos todos, por cierto. Dicen que quien lo anuncia, no lo hace; y quien menos esperas, lo hace. Ella siempre lo hacía en silencio, calladita, discreta. Todavía hoy no sé por qué azares del destino siempre llegué a salvarla, aunque no estoy muy segura de haberla salvado, tampoco de que en ese momento lo agradeciera y valorara en su justa dimensión. La primera vez que la vi intentar matarse fue en un cuarto oscuro que se usaba como almacén. En un rincón, con un cuchillo de cocina, se estaba cortando la vagina. Supongo que sangró mucho, porque la tuvimos que llevar al hospital a que la cosieran, y duró varios días internada. A lo mejor ni quería salir de ahí; tal vez se sentía más segura entre extraños que con su familia. Afortunadamente, teníamos un vecino que era médico, uno de esos ángeles que Dios manda del cielo a cuidar a los indefensos; porque otras veces fue con pastillas. Una vez la

encontré debajo de la cama sacando espuma por la boca, como los perros cuando tienen rabia (pero su rabia era de otro tipo). Entonces corrí por el doctor. Me sacó del cuarto, se la llevó al baño, pidió agua de garrafón, y la nana perversa me corrió de ahí porque ella la iba a cuidar. También lo intentó con cortes de navajas en los brazos, hasta que se cansó de su mala suerte y se volvió darketa. Luego le perdí la pista. Yo ya era señora, era cosa aparte y vivía en otro lado. Hace poco tiempo, apenas, pudimos hablar de esos episodios de horror: de ella abusaron sexualmente la nana y su hermano hasta los once años. Ahora es licenciada en filosofía, puede ser por amor a la razón, por buscar razones o porque los filósofos están locos y ella, como todo el mundo, lo está un poco. En la actualidad tiene una asociación civil que apoya a mujeres y niños que viven con violencia intrafamiliar, imparte talleres de autoestima, contra el abuso y codependencia; tiene psicólogas, abogadas, enfermeras y demás gente que se enamora del proyecto, como yo lo hice, por lo que cada año colaboro con ella impartiendo algunos talleres.

Mi tercer hermano es adicto a la marihuana. Él es muy macho, muy valiente. Se fue de la casa a los catorce años, a Estados Unidos, solito, como perro

sin dueño. Nadie lo detuvo, al contrario, mis papás le dieron para el coyote. ¿A dónde iba a llegar, con quién, de qué iba a vivir? No sé si sólo yo me lo preguntaba, pero parecía que a nadie más le interesaba. Ha regresado dos veces a centros de rehabilitación en México: se va sano, regresa intoxicado; sigue viviendo allá. Tiene esposa, tres hijas y círculos de violencia familiar muy tristes.

El más chico sigue siendo el chiquito, el bebé. Su nombre sigue terminando en ito y vive con mis papás, aunque ya está casado (su esposa vive con sus papás y sólo se hacen visitas maritales para fabricar chiquillos), pero esa es otra historia. Al chiquito también me tocó sufrirlo. Como padecía asma y mi mamá no tenía tiempo para cuidarlo, sólo me decía: “Ya me voy a trabajar. Si se pone malo, tomas un taxi, lo llevas al ISSSTE y ahí nos vemos cuando me desocupe”. Yo siempre me pregunté: ¿no podía cancelarles a sus pacientes y explicarles la situación? Sólo la veía salir al trabajo toda emperifollada, con bolsa y zapatos combinados y sus falditas muy cortas. Mientras tanto, yo me quedaba toda angustiada, ya que, si se ponía malo, sabía que entonces comenzaba mi vía crucis: todo era cuestión de tiempo. Córrele contra el reloj, se le empiezan a cerrar las vías,

se pone morado, no pasan taxis, los que pasan ni me pelan. Finalmente, uno se apiada y nos lleva. Hay mucho tráfico. En el ISSSTE no nos atienden. Cuando empiezo a llorar y gritar como loca, voltean a vernos: una niña histérica de diez u once años y un bebé asmático. Hacen preguntas: que si su tipo de sangre, que si es alérgico a un medicamento, que si cada cuándo le da la sed de aire... Y yo sólo chillo y chillo y no sé qué contestar, no puedo contestar, sólo quiero que le conecten el aire, oxígeno o lo que sea, porque si se muere, así me va a ir. De una partida de boca no me libro, y qué decir del “eres una estúpida, una inútil, ni para eso serviste”; sólo pienso que un día me voy a liberar. Me voy a ir de la casa y a ver qué hacen sin mí, a ver a quién agarran de su puerquito.



Aunque mis hermanos forman parte de mi vida, de mi historia y de mis vivencias, a decir verdad, yo también tengo una historia individual, directa, dolorosa.

Fui violada, como muchas otras niñas mexicanas, por gente de la casa. Digamos que soy un número frío. En nuestro país, estadísticamente, 77% de las violaciones ocurren en el seno de la

familia. Un 50% de ellas son cometidas por hombres que se encuentran en una posición de fuerza o de control en relación con la mujer, 40% por victimarios que canalizan mediante este acto su enojo o venganza, y 5% por psicópatas. Todavía hoy me pregunto: ¿en qué clasificación entra la nana perversa? ¿Qué pasaba por la cabeza de esos desalmados que me violaron? ¿Eran psicópatas, estaban enojados conmigo, de qué se vengaban? ¿En qué carajos pensaban o ni siquiera pensaban?

Creo que los abusos empezaron desde que era muy pequeña. No sé qué tan pequeña, pero creo que mucho, porque me he visto abusada sexualmente por la nana, con sus dedos, con su boca, y yo muy pequeña, quieta... tan quieta, que no sé si estoy petrificada, muerta, o simplemente no estoy. Veo todo desde afuera, desde el cielo. Mucho tiempo tuve duda de si lo disfrutaba o era normal o me dolía. Creo que me dolía, me dolía no sólo en el cuerpo, sino en el corazón, en lo más profundo de mi ser. Supongo que por eso (según me diagnosticó el loquero hace poco) bloqueé mi memoria, porque fueron hechos que causaron un shock, un trauma grave en mi vida.

A la nana perversa le gustaba hacer caridad y recibía a los sobrinos, nietos o amigos de la familia

que venían a estudiar a Morelia y no tenían casa donde vivir. Nosotros (mis hermanos y yo) los recibíamos con los brazos abiertos, y yo con las piernas abiertas a los cinco, a los seis, a los siete años; no sé hasta cuándo. Al principio la nana me subía de la mano a un cuarto en la planta alta. Después yo subía solita, total, ya me sabía el camino. No sé muy bien cuántas personas fueron, pero de seguro cuatro sí: Rubén, Saúl, Pancho y César. Recuerdo sus rostros, ansiosos, jadeando, pupilas dilatadas. A uno de ellos le gustaba tirar el semen afuera. ¿Pensaría que me iba a embarazar a los siete años de edad? Otro de ellos sólo se tocaba y me tocaba; los otros sí me penetraban. Era lastimero y lastimoso; un espectáculo decadente que la nana disfrutaba, porque nos veía. Supongo que era una condición para darles su anuencia. Me urgía ser libre, irme de esa casa. Soñaba con ser aeromoza, volar y viajar siempre. Cuando me cansara de viajar, iría a estudiar a la Universidad de Cambridge, en Inglaterra. Iba a ser otorrinolaringóloga, porque lo leí en un periódico y sonaba con mucha fuerza y renombre (no sabía que ese nombre tan largo encerraba una carrera de médico con especialidad en oídos, nariz y garganta, porque yo no sería médico ni en sueños; le tengo horror a la sangre).

He trabajado en reconocer que era una niña indefensa, que no tenía conciencia clara de lo bueno y de lo malo, que no tenía culpa de lo que pasaba y que tampoco lo provocó; no lo pidió, menos aún pudo evitarlo. Esa niña todavía me duele; me duelo por mí, porque no tuve infancia con amigas y juguetes, no tuve adolescencia con romances y paseos; me robaron la inocencia, me robaron la memoria, me robaron la felicidad sin velo. Todavía al escribir estas palabras, tengo que hacer una pausa para llorar de dolor, de rabia, por impotencia, por liberación, por mí y por tantas otras mujeres que, como yo, hoy se duelen de que haya seres humanos torcidos capaces de hacer tanto daño que marca para toda la vida.



Cuando me casé, estaba en la preparatoria. Siempre tuve claro que tenía que estudiar, hacer una carrera, conseguir un trabajo y dejar a mi esposo. Ser libre. Él era mi víctima, fue el primer barco que encontré y me iba a llevar a mi tan ansiada libertad. Solamente era un vehículo, no el destino final. Él también estaba en la preparatoria. Todavía hoy, después de veintidós años juntos, lo considero mi víctima (tal vez hoy más que

antes), porque le ha tocado sortear mis cambios de ánimo, mis crisis, mi ansiedad, mis miedos, mi melancolía, mis fantasmas y mis tristezas; le ha tocado animarme, levantarme, soportarme, sostenerme. Cuando hay días grises en los que no quiero seguir estando, mi esposo me recuerda que la vida es bella, me lleva al jardín de la casa, de nuestro hogar, me enseña que soy privilegiada, que formamos una hermosa familia, que es diferente a la de mi infancia, que ahora hay sol y brilla en todo su esplendor en el cielo para nosotros.

Mi esposo quedó huérfano de padres a los siete años. Su papá murió asesinado en un asalto; su mamá se fue a Estados Unidos para darles una vida mejor. Él se quedó en la casa de mi suegra con dos hermanos más chicos y otro mayor por un año, y a rascarse con sus propias uñas. Fue un niño de la calle, corrió mundo: se subió a todos los camiones de la ciudad, lavó carros, vendió chicles. Él era libre. Yo, a su edad, no podía salir ni a la esquina. De hecho, vivíamos a una cuadra de distancia y no nos conocimos sino hasta la secundaria. No tuve amigos ni amigas. Podía ver por la ventana a otros niños jugar a los encantados; las traes; una, dos, tres por todos mis compañeros; declaro la guerra en contra de...; Doña Blanca está cubierta...; lobo, lobo, ¿estás ahí?; a pares y nones

vamos a jugar, el que quede solo, ése perderá...; naranja dulce, limón partido, dame un abrazo que yo te pido...; se me ha perdido una niña, cataplum, cataplum, cataplero...; cúcara máscara títere fue... Me las aprendí de oírlas por la ventana. Yo no jugaba ni con mi hermana; ella siempre estaba escondida en el ropero, en el escritorio, ahí se quedaba dormida hasta que llegaba mi mamá. Yo siempre estaba de mal humor, enojada por todo, con todos, con la vida. Fui solitaria; lo sigo siendo.

La mamá de mi esposo nos prestó una casita donde vivir. Rentábamos la planta baja y vivíamos en la planta alta. Con lo que nos pagaban de la renta, comíamos; si los inquilinos se retrasaban, no comíamos. Los dos seguimos yendo a la escuela. Yo iba en la mañana, y él, en la tarde; así nos turnábamos para cuidar a los hijos. Cuando sugirió que uno de los dos tenía que trabajar para que el otro terminara la carrera, y propuso que fuera yo, me negué rotundamente. Yo no podía dejar de estudiar; era mi pase más seguro a la libertad. Él tampoco quiso dejar la escuela, aunque su carrera era más cara que la mía. Yo soy licenciada en derecho y él es arquitecto. No cedí; él tampoco. Ambos seguimos estudiando.

Decidí buscar a la familia. Mis papás me dijeron: “Más tardaste en salir que en lo que ya quieres regresar”. Ni loca. No quería regresar, sólo quería trabajar, lavar los trastes, limpiarles la casa, pero ya no gratis, porque ya no vivía ahí: quería un salario. No quisieron y me cerraron la puerta en las narices. Mi papá sólo aprovechó la ocasión para expresar su indignación porque la niña de sus ojos lo había decepcionado. Fui con mi abuelita materna, quien vivía a escasas dos cuadras de la casa de mi mamá. Mi abuela fue el ángel que Dios envió del cielo para que me ayudara a partir de esa tarde lluviosa en que la busqué y hasta sus últimos días. Cuando le platicué lo precaria que era mi situación, que no quería dejar de estudiar y que necesitaba trabajar, me preguntó sorprendida por qué no había ido antes. Ahí siempre había comida (tenía una tienda de abarrotes). ¿Qué se me antojaba? ¿Qué quería? ¿Qué necesitaba? Ella comenzó a cuidar a mis hijos, que para entonces eran dos, y yo iba a lavarle los trastes a una tía, iba a la escuela y regresaba por mis niños. Mi esposo nunca quiso trabajar en su época de estudiante, porque no encontró un trabajo que lo mereciera, o pagaban poco, o se ensuciaba, o era demasiado inteligente como para perder el tiempo en eso: él iba a ser arquitecto y

no se podía rebajar. En esa época yo lavé trastes, planché ropa, escribí a máquina, ordené bibliotecas, y todo lo que pude hacer.



La tarea de la nana perversa era de eso, de nana, sólo cuidarnos a los cinco. A veces teníamos sirvienta, a veces ella las corría porque no le daban gusto. Hoy creo que era porque sospechaban lo que hacía con nosotros. Mientras teníamos sirvienta no hacíamos nada, pero cuando no había (que era las más de las veces), me tocaba lavar trastes, tender camas y todos los quehaceres propios de la casa, y si rezongaba —que de hecho sí lo hacía— me golpeaba sin descansar. Podía quebrarme tacones de zapatos de mi mamá, varas, usar cinturones o botas de mi papá, en fin, cualquier instrumento que le fuera útil para el propósito correctivo, lo cual era autorizado por mis padres en aras de una buena educación. Ella tenía un lugar predilecto para pegarnos (porque no sólo a mí me pegaba): le gustaba ponernos contra una puerta de madera que comunicaba con el patio, con los brazos abiertos como Cristo crucificado. No toleraba que nos moviéramos de esa posición, así que, en cuanto veíamos que cerraba

esa puerta, comenzaba nuestro sudar y crujiir de dientes.

Me sacaron del kínder antes de tiempo. Tuve que dejar a mi novio Rana René y pensé que me moriría de amor, pero el primer día de clases en la primaria conocí a mi verdadero amor: Willy, y yo me sentía la abeja Maya. Me metieron a la primaria a los cinco años. Fui una niña muy peleonera; incluso me decían Carachueca por karateca. Me encantaba aventar patadas a diestra y siniestra, agarraba de las greñas a quien me viera feo: “¿Qué me ves? ¿Soy o te parezco? Soy espejo y me reflejo, tengo cara de pen...” Por supuesto, era líder. Podía quitarle la torta o lo que le pusieran de itacate a quien yo quisiera, y ellos compartían voluntariamente conmigo. Por cierto, una vez algunas niñas se organizaron. Buscaron a una que quisiera entrarle al quite conmigo y me esperaron en el baño, a mansalva, con los pies arriba del escusado para que yo no me las oliera. Aunque yo al son que me toquen bailo, eran muchas y más grandes. Una de ellas era hermana de una de mi salón a la que le quebré los dientes, más por accidente que por puntería, pues se pegó en el filo de una butaca. ¡Qué arrastrada magnificante me pusieron! A lo hecho, pecho. No lloré, aunque ganas no me faltaron por la humillación y el dolor, pero

ya sabía yo de esos menesteres. Llegué a la casa y dije firmemente: “Ya no quiero ir a la escuela. Me quiero cambiar a otra”, y lloré y pataleé. La nana perversa me acabaló para que no anduviera de rencillosa. Al siguiente día fui de vuelta. No había de otra: o la escuela o la casa. Preferí la escuela.

También me decían Lolita Ayala, porque siempre estaba pelona. Tenía el pelo tan corto que parecía hombre. Presumo que me lo cortaban para que no me llenara de piojos, posiblemente porque no me gustaba peinarme o porque a nadie le preocupaba ni le interesaba hacerme aunque fuera una cola de caballo. Pelón pelonete, cabeza de cuete... niño, mujer de medio pelo.

La razón principal por la que me llevaron a la primaria a los cinco años fue para ver si, al hacerle compañía a mi hermano mayor, lograba que se estuviera quieto en su salón. Pero no. Se salía en cuanto se enfadaba —cómo envidiaba su valor y su libertad desparpajada—; por cierto, se aburría muy pronto y la maestra lo perseguía alrededor del salón con la escoba, pero patas pa’ que las quiero... Era el saltador de clases más rápido del oeste. Se saltaba la barda y se iba a ayudarle a cuidar sus vacas a un señor que dio en llamar “tío Ricardo”. Prefería andar suelto como ellas, en el campo. Eso sí, el precio que ambos pagábamos era

alto. Él, por saltársela; y yo, por mensa —tanto peca el que mata la vaca como el que le agarra la pata—, por no cuidarlo y convencerlo de que no se fuera. La golpiza era con un cinturón piteado de mi papá, muy amarillo, muy reluciente, muy injusto, muy doloroso. Siempre nos quedaban cicatrices. Tratabamos de protegernos la cara porque nos daba pena que en la escuela lo notaran.

Los niños de hoy dicen que los derechos de los niños y las niñas los protegen, y no permiten ni que sus padres les alcen la voz, porque amenazan con demandarlos por violencia intrafamiliar. Me encantan, me gusta su valentía, me conmueven sus circunstancias.

Recuerdo que cuando terminó el ciclo escolar, la maestra decidió que mi hermano repitiera el año —la carrera de tonto se estudia pronto—, a ver si le seguían dando ganas de irse a otra parte o a cuidar vacas. Por eso escribía p por b, y la d con la panza al revés; por eso no se estaba quieto ni ponía atención. La duda era si yo debería repetir también para seguirlo cuidando —lo cual, a ojos vistas, no había sido muy efectivo—. Una niña de mi salón quiso repetir porque no quería separarse de la maestra, estaba muy apegada a ella, pero yo no estaba ni mínimamente interesada en ello. Desde chiquita supe que la libertad estaba en ir

para adelante: la constancia decisiva vence al fin la suerte esquivada. De más está decir que en esta época cualquier maestra sabría que mi hermano tenía problemas de hiperactividad y dislexia, que no era burro ni tonto, sólo diferente, y por ello requería atención especial.

Tuve una corta adolescencia. Una parte fue borrada y otra me la salté porque me casé, o posiblemente se juntaron mis depresiones posparto y las crisis de adolescente.

La preparatoria donde estudié estaba en la avenida principal de la ciudad, a sólo una cuadra del Palacio de Gobierno. Me encantaban las manifestaciones. Siempre había, y sigue habiendo, gente inconforme con el gobierno que pide que le den todo. Se van de paracaidistas a terrenos que no les costaron y no les pertenecen; luego quieren que el Estado les pavimente, ponga luz, agua, drenaje, y les escriture. Creo que yo apoyé a ese tipo de gente antes de casarme (si se puede llamar así a lo que hacía). Si a la hora de salida de la escuela me enteraba de que Antorcha Campesina o la CNC iban a tener mitin y marcha por la avenida, yo los acompañaba. A mis catorce años supongo que era divertido, ¿o lo hacía porque tenía espíritu revolucionario? Gritábamos consignas: "Burgueses tragones, por eso están

panzones”; “gobierno traidor, gusanos enjambres, el pueblo pasa hambres”. Me quitaba los zapatos por solidaridad, para caminar como iguales; cargaba niños si veía a mujeres que llevaban de a dos o tres. A veces llovía y no nos importaba, “la causa lo vale, compañeros”. Quedaba afónica, con ampollas, dolor de espalda y feliz. No sé si al gritar me liberaba —les gritaba a mis padres, que entraban entre esos burgueses panzones y en el gobierno traidor—, o si en verdad me importaba su causa. Total, luego todo era decepción. Hacían diputados a los líderes o les daban una concesión de transporte y se acababa la causa. Siempre he odiado a esos líderes que, cuando comienzan a comer con manteca, se olvidan de la bandera que enarbolan y las personas a quienes representan.



He sido muy buena para perder todo: cosas, dinero, gente, memoria; desde pequeña, desde siempre, no sé si por descuido o con intención, porque conservar también implica cuidar, responsabilidad, compromiso, aguantar y que te aguanten... Por eso trato de ser madre con toda conciencia y responsabilidad. Desde los dieciséis años que tuve a mi primera hija en los brazos, decidí serlo y

hacerlo para no perder a mis hijos, que no quisieran irse de mi lado por desesperación o desprecio, sino por evolución.

Pero una de las cosas que no he perdido, y que para no perder procuro repetir, es el sabor que dejaron en mi boca los platillos típicos de mi estado, sus pueblos y su gente. Cuando fui adolescente acompañé a mi papá a recorrerlo. Él trabajaba en la Reforma Agraria y me llevaba en sus viajes. Al salir de la casa me decía: “Un hombre nunca debe salir sin dinero”, me daba unas monedas y emprendíamos el viaje. Como lo que siempre me ha gustado es comer, una de las cosas que más recuerdo es la comida: el frito de Huetamo, el pescado zarandeado de Lázaro Cárdenas, el churipo de San Juan Nuevo Parangaricutiro, las nieves de Pátzcuaro, los uchepos de Uruapan, la barbacoa de Zitácuaro, los mangos de la Huacana, las corundas de Cherán y las chapatas de Jacona. Y qué decir de los paisajes... la iglesia que dejó enterrada el Paricutín al hacer erupción, el volcán Jorullo, la cascada Tzararacua con su altura y sonido imponente, las pirámides tipo yácatas de Tzintzuntzan, las aguas termales de Los Azufres, y nuestras carreteras, siempre verdes y con grandes cerros, como el Tzirate, las Ánimas, el Quinceo, el Campanario. Conocí todos los lagos: el

de Pátzcuaro, Cuitzeo, Camécuaro (aquí el agua parece espejo), Chapala, Zirahuén. Visitar estos lugares otra vez y paladear esos platillos es suficiente para sentir que estoy en el cielo.

Mi mamá era especialista en pegar en la boca. No sé cómo lo hacía, pero siempre me partía el labio en el mismo lugar. Me gustaba el sabor de la sangre y, al fin, ya había dicho lo que pensaba y a ella le dolía, por eso se enojaba tanto y me pegaba, y como la venganza es un platillo que se debe comer frío, yo me regodeaba en su dolor. Era muy incisiva —todavía lo soy—, lo más hiriente posible con mis palabras cuando se me pasaba el enojo.

Nunca tuve el valor de decirle a mi papá lo que pasaba, aunque yo era la única hija con la que él tenía comunicación. Creo que me daba vergüenza, me sentía sucia, y además no quería preocuparlo. En cambio, en un arranque de rabia se lo dije a mi mamá. Fue un Día de Muertos, que es también la fiesta del pueblo. Ella y mi papá se irían a un hotel en Zamora y nos dejarían a mis hermanos y a mí amontonados en una cama en la casa de los abuelos. No me creyó. Me dijo que era una exagerada (como no era ella la que lo sufría, la sarna que no pica no mortifica). Le dije que me tocaban mis partes íntimas, le dije nombres,

le dije en qué parte de la casa y, simplemente, no me creyó. Me partió la boca por habladora y embustera. Una vez me dijo que yo no sabía lo que era sufrir, si ella me contara por lo que pasó cuando era niña... (a ella la regalaron sus papás, cuando tenía cinco años, a una familia que sí tenía para mandarla a la escuela). No sé si le pasaron o no le pasaron cosas, pero eso a mí no me importa. Tampoco me importa si ella sobrevivió o no, si sufrió o no, si hay historias que se repiten y cadenas que no se rompen, si son ciclos o círculos viciosos, si son patrones de conducta o qué carambas, lo que sí me importa es que permitió que pasara conmigo y que a mí sí me dolió; me importa que me lastimaron y que no hizo nada para evitarlo; me importa que fue cobarde y que no le alcanzó el amor de madre para defenderme.



Hoy tengo tres hermosos hijos: una joven mujer de veintiún años, un joven de diecisiete, y la más pequeña, de trece. Cada uno tiene un poco de mí. Dicen que los seres humanos aprendemos por mimetismo, y no sé si mis hijos han imitado mis actos, pero al menos creo que les ha llegado el discurso, y si no, ven para aprender y

no repetir los mismos errores que cometieron sus padres.

La más grande estudia arquitectura, cursa séptimo semestre, posiblemente porque su papá es arquitecto, o porque a ella en verdad se le da eso del dibujo y la creatividad. Es una mujer muy bella (no se parece a mí), inteligente y tan segura de sí misma que me emociona hasta las lágrimas. Quiero que así siga, que nadie le corte las alas; que se siga queriendo, cuidando, siendo su propia prioridad, tan equilibrada y ecuánime; la niña hecha a mano, la que siente que el mundo no la merece, la mujer que no se cae por una decepción amorosa, la que objetivamente sabe qué tipo de pareja es mejor para su vida, la que tiene claro como el agua que va a terminar su licenciatura, que se irá al extranjero a estudiar su especialidad, la que está pagando un departamento del Infonavit, no porque vaya a vivir ahí, sino como inversión; la que tiene licenciatura en inglés y actualmente cursa otra en francés, no porque quiera ser maestra, sino porque quiere correr mundo y porque le sirve para su especialidad. Tiene sueños, tiene alas... yo vuelo con ella desde atrás, desde la ventana, vuelo a través de ella.

Mi hijo varón, tan guapo, es alto, moreno, con una personalidad cautivadora; muy introvertido,

muy serio, casi puedo decir que parco. Con él siento mucho cargo de conciencia, pues creo que fue al que menos tiempo le dediqué. Me lo cuidó mi abuelita, yo ausente; una vecina, yo ausente; la guardería, yo ausente; trabajando, pero ausente; estudiando, pero, a fin de cuentas, ausente. Así que mi hijo no tuvo mucha madre que digamos. Es el más inteligente de mis hijos y desordenado, tal vez porque es hombre, porque lo lleva en los genes (por parte de su papá), o porque no tuvo madre que le diera estructura en las etapas de formación cuando se requería. Estudia bachillerato en biología, se quiere ir al extranjero a estudiar la licenciatura. Aunque no lo demuestre, es un hombre apasionado. En eso se parece a mí. Se empecina hasta lograr lo que anhela. Es muy sensible, aunque no lo demuestra, y eso me hace pensar que si le toca una mujer que abuse de sus sentimientos, la voy a matar, pondré veneno en su platillo favorito. No prometo no ser suegra molona y metiche; no en vano las suegras se han ganado la fama que tienen.

Mi hijo juega tenis. Toda su vida es el tenis y sus torneos. Cuando acuerdo, ya se va a Cancún, a Querétaro, a Puebla, a Aguascalientes. Se buscó un deporte de ricos: el entrenador, las raquetas, la ropa, los viajes, las inscripciones a los torneos;

hasta las cuerdas son caras y de cada tercer día, porque “quien no las revienta, no pega fuerte”.

Yo le digo que nació en el lugar equivocado. Está en un hogar pobre y él tiene visión de rico. Yo me doy con que estudie leyes y consiga trabajo de oficinista. Él quiere que le preste dinero para invertir en la bolsa de valores y me dice montos y porcentajes, pero yo estoy peleada con los números y eso sí rebasa mi entendimiento. El dinero que logra ahorrar lo cambia a euros, “porque la economía de la Unión Europea es más estable”.

Él también tiene alas; quiere volar del nido antes que las niñas. En cuanto termine la prepa, se va a extranjia a buscar su sueño, becado por una universidad y a jugar tenis. Y me pregunto: ¿qué voy a hacer sin él? Debería abrazarlo y besarlo más por todo lo que no lo hice cuando era pequeño, por todo lo que no lo haré cuando se vaya.

La más pequeña es un torbellino, es muy yo sin domar, tal cual, chispeante, comunicativa, extravertida. Una vez, cuando era más pequeña, le preguntaron cuántos años tenía y cuándo nació. Su respuesta fue: “Tengo cuatro, pero me veo de cinco porque como muy bien, y nací el día que nacieron todas las flores, el 4 de noviembre”. Todavía dice que nació el día que nacieron todas las flores y se siente princesa.

Puede arreglar todo: la tele, la compu, el re-fri; conecta y desconecta cables, parcha otros y, ¡tarán!, el aparato funciona. Encuentra lo perdido, ilumina donde todo parece oscuridad, es un remanso en el caos, siempre tiene cápsulas de sabiduría para alentar y hasta corregir: Gentes hay demuchotonoqueproducensóloabono;Lacalidadde la tela, la hilacha la revela; Mujer que sabe latín, ni tiene marido ni tiene buen fin (éste es su favorito); La mentira dura hasta que la verdad florece. Ella vive el hoy, y mañana Dios dirá. Si pasa algo malo, su frase es: “Así es la vida. Hoy está nublado, mañana saldrá el sol”. Si yo creyera en la reencarnación, pensaría que fue un sabio o un filósofo en otra vida.

Disfruta todo a plenitud, se suelta, se desliza, se escurre, se eleva; su vida es baile. Con ella hago trueques, tengo que ponerle cincho como a las mulas —aunque, en todo caso, es una yegua fina—. Ella necesita frenos, límites para no desbordarse, para no volcarse; ahí entra mi tarea de madre formadora, conductora, modeladora. Me digo: “Límites, eso es lo que ella necesita. Sigue el camino amarillo, muñeca”. A ella le urge saber cuándo podrá tener novio, cuando podrá ir al cine sola, si le puedo comprar un lápiz labial que engruese los labios, hasta cuándo la van a dejar entrar al

antro y si no dan permisos para menores —como en las licencias de conducir— para que pueda entrar a la disco a los dieciséis, y cuándo la enseño a manejar. “No te adelantes, muñeca, todo a su tiempo”. Yo me adelanté y me salté cosas, eventos, etapas, no sé si dolorosas o felices, pero no las viví. Me adelanté, y a las que no me adelanté, las olvidé. Cuando otras jugaban con muñecas, yo cuidaba hijos. No te adelantes, muñe, algo en la punta del zapato me dice que no te conviene. Ella sí aborta si se embaraza de un hijo no deseado; su abuelita debe dejar al marido si él la engaña, y venirse a vivir con nosotros. No importa que tengan mil años de casados y que la gente diga misa, o que se busque otra distracción; si él no la respeta, tampoco merece su sacrificio. Me dice: “No te angusties, mi hermana se compra tangas sólo para divertirse. Déjala, mamá, mientras se cuide, déjala”. Me asusta, me da miedo dejarla ser libre, no sé si está lista, no sé si me rebase. De cualquier forma, es mi responsabilidad y trato de mediar por las dos, para no quitarle sus alas, que son de cóndor, grandes, extensas, brillantes, victoriosas, que quieren y pueden recorrer grandes distancias; por mí, por mi tranquilidad, mientras yo tenga la cuerda que la detiene.

Mis partos han sido duros, dolorosísimos (supongo que eso decimos todas las mujeres). En mi primer embarazo, el mayor problema a sortear fue tener qué comer y qué vestir. Era una niña-señora embarazada, una niña de dieciséis que iba a tener un bebé, pero que no tenía qué comer. Diariamente me iba caminando desde el lugar donde vivíamos hasta la escuela, que quedaba como a un kilómetro. No pagaba transporte, lo cual se convertía en un delicioso pan, que hoy la nostalgia transforma en el más rico que he probado en mi vida. Por la noche no era seguro que cenáramos, sólo tomábamos un té de limón (hojas cortadas del árbol de un vecino). ¿Tienes más hambre? Toma más té. No había de otra. En esa época llegué a llorar de hambre. Soñaba con tortas de frijol con queso (que ni me gustan), con agua de horchata (mi favorita). Al medio día había que comer caldo de pollo porque era nutritivo para el bebé; entonces cocíamos menudencias (por cierto que la primera vez que las cocí se fueron con todo y relleno). Mi comida era una molleja y un hígado; mi esposo se comía las patas. Hoy en día, que tenemos un restaurante en el centro de la ciudad, algunas veces llamo para pedir que me hagan caldo de pollo con menudencias, y tiene un sabor diferente, el sabor que le da el antojo y no la necesidad.

El otro problema era la ropa. Yo era sumamente delgada antes del embarazo, por lo que, conforme aumentaba de volumen, a las blusas se les botaban los botones. A los pantalones, mi marido ideó una manera de darles espacio al abrir un triángulo lateral e insertarles un retazo de tela. Una compañera mía de la prepa me llevó a La Parisina a comprar tela con su mesada para la semana, y me hizo una especie de costal o funda que hacía las veces de bata de maternidad, misma que vestí durante casi todo mi embarazo. Esta amiga también me llevaba melón picado con crema pastelera y vasos de leche con chocomilk. No sé qué fue de ella, pero en mi corazón hay un profundo agradecimiento a su caridad.

Nunca dejé de ir a la escuela, pese a lo crueles que pueden ser los adolescentes con sus comentarios soeces por el embarazo, por la ropa, por lo flaca, por el sueño, por el hambre, por la miseria; no hubo obstáculo para que yo siguiera estudiando. Algo en lo profundo me decía que ése era el camino a mi libertad.

Cuando tuve a mi primera hija, como toda mujer inexperta no sabía hasta qué punto podía llegar el dolor, por eso, cuando escuchaba a otras mujeres a mi lado gritar: "Sálveme, doctorcito, sálveme", me preguntaba a qué grado tendría que

llegar mi dolor para que empezara a gritar como ellas. Estuve postergando el grito hasta que fuera incontenible, y la niña salió. Emergió de lo más profundo de mis entrañas —literalmente— como un pez de tres kilos y medio, pegajoso y escurridizo, por un espacio que no era apto para contenerla, tan era así que tuvieron que cortarme con unas tijeras como las que se usan para partir pollo, y luego coserme como quien remienda un trapo desvencijado. Por supuesto, ese corte y la suturación, aunque fue de cabo a rabo, pareció insignificante ante los dolores espantosos de las contracciones. Sólo duré cinco horas en trabajo de parto, pero me parecieron tan largas e interminables como la gran tribulación del Apocalipsis.

En mi segundo embarazo, cuatro años después del primero, mi abuela me ayudaba. Yo hacía algunos trabajos, así que ya tenía para comer. Tuve dos batas de maternidad y seguí con el truco de aumentarle espacio al pantalón. Aumenté veintidós kilos, parecía oso panda. Me contoneaba al caminar para equilibrar el paso, pero era muy feliz comiendo doble porción de todo lo que se podía, porque comía para el bebé y para mí: dos hamburguesas, cuatro piezas de pan, doce tortillas. La felicidad era mayúscula (hoy en día uno de mis grandes placeres sigue

siendo comer), pero la dicha terminó en el momento en que el enorme bebé, de tres kilos ochocientos gramos, intentó salir durante casi veinticuatro horas de trabajo de parto, en las que sufrimos los dos. A eso se agregó el miedo que provocaba en mí el conocimiento de ese dolor, que cinco años antes no había experimentado, pero del que entonces ya sabía las dimensiones que podía tomar. Finalmente salió; la enfermera dijo que tenía las orejas más perfectas que había visto en su vida y ya tenía veintitrés años de servicio. Las orejas son lo último que se desarrolla en el vientre, por lo tanto todo lo demás debía venir muy bien. Vaya, mi hijo era perfecto (y lo sigue siendo).

Mi tercer embarazo fue el único planeado. Yo tenía un trabajo estable, un salario decoroso y tenía veintisiete años. Me sentía plena y con unas ganas locas, ¡definitiva y literalmente locas! de tener un bebé, así que fui al ginecólogo a quitarme el dispositivo. Puse manos (pies y todo lo demás) a la obra y me embaracé.

Al primer mes usaba batas de maternidad. No había bulto todavía, pero ¡qué maravilla poder usarlas! Compré muchas, de todos colores y para toda ocasión. Tragué como pelón de hospicio, aumenté veinte kilos, pese a las recomendaciones

del doctor sobre comer sano y no subir más de once. En el parto me estaba muriendo: pre-eclampsia. Me puse supermal de la presión arterial, no la podían controlar, no decidían si hacer cesárea o esperar. Estuve dos días al borde de la muerte, me decían que me tranquilizara, que eso ayudaría a controlar la presión. Yo sólo lloraba, no me podía morir. La vida es tan bella. Tenía otros dos hijos, ¿quién los iba a cuidar? Yo era muy joven, me faltaban cosas por hacer: correr mundo, leer libros, aprender a bailar, recitar en público, correr descalza, comer platillos que, por falta de compañía, no había probado. No, definitivamente no me podía morir.

Al tercer día de pelear por la vida, las dos salimos victoriosas: mi pequeña hija y yo. Era una bebé negro-morada y peluda; hoy es la más bella y sensual de mis tres hijos.

Es curioso ver cómo mis hijos tienen otras percepciones de la vida. Para ellos es de vital importancia el cencerro, no pueden vivir sin un teléfono celular para estar localizables, y con todas las operaciones posibles. Yo, con trabajos, sé llamar por teléfono. ¿Para qué me importa si tiene bluetooth o cámara con no sé cuántos píxeles, que tampoco sé para qué sirven? Se peinan de

una manera estrafalaria porque es la moda; salen casi desnudos aunque haga frío; se divierten subiéndose a juegos que parecen más instrumentos de tortura que de placer; comen cosas que llaman “comida china” y más parece desecho orgánico crudo y aducen que es saludable; juegan tenis y fútbol, tocan guitarra y cantan, todo en un aparato llamado wii, sin salir a la calle ni interactuar con otros seres humanos, sólo la máquina y la tele. Ellos dicen que están vivos, a mí me preocupa que se vuelvan autómatas. Más me preocupa que sea yo la artífice de esos destinos.



Ha habido tiempos en los que he tenido una vida muy atareada; en este momento no lo es tanto, por eso estoy escribiendo estas líneas. De otro modo, no podría haberme hecho este maravilloso regalo tan liberador.

Trabajo en la universidad, soy catedrática en una facultad y en una preparatoria desde hace nueve años. Me encanta enseñar, puedo hablar y hablar libremente, me transformo como si fuera otra, hablo, digo lo que pienso, les leo poesía, emito juicios, desfogo mis frustraciones y me pagan; es maravilloso.

He estudiado mucho porque los cartones abren puertas, pero también hubo un tiempo en que estudié para probarme y probarle a mi madre que no era estúpida: “Mira, mamá, ya terminé la prepa, no soy estúpida; mira, ya terminé la licenciatura, no soy estúpida; ya terminé la maestría, no soy estúpida; infinidad de diplomados, no soy estúpida”. A esta edad ya estoy segura de que los títulos no me hacen más inteligente ni menos tonta. Hay cosas que el corazón decide sin hacer caso a la razón. Ser visceral en este mundo de caos también es bueno. En medio de las bombas, soldados y granadas que hay en mi ciudad en estos momentos, lo de menos son los cartones. No sabes si al salir al súper o al centro histórico, al café, pases por el lugar y en el momento menos indicado y los títulos te sobren porque no habrá mañana. Hoy acaba de morir una pequeña de tres años, su madre está grave (ni siquiera sabe que su hija está muerta), por una granada de fragmentación que aventaron en la calle. Dicen que es una guerra entre grupos delictivos, que es contra el gobierno, y yo me pregunto: ¿a quién diablos le importa entre quiénes sea el pleito?, ¿quién los erigió en dioses para quitarles la vida a inocentes, para desgraciar familias y enlutar pueblos? Por eso digo que los títulos no importan.



Hace ocho años trabajaba desde las siete de la mañana hasta las horas de la noche que se podía. Entraba a dar clases a las siete de la mañana, y a las nueve tenía que estar en la oficina. Era asesora jurídica del secretario de Educación en el estado de Michoacán. Como era casi fin de sexenio, yo tenía la responsabilidad de hacer el reglamento interno de la Secretaría. Éramos varios asesores, pero de todos no se hacía uno. Burócratas acostumbrados a cubrir horarios de oficina, reloj checador, pero que no producían; no sabían cómo. En fin, la tarea de esa normatividad era mía; también estaba haciendo manuales de funciones para otras Secretarías, me pagaban como consultor externo. Escribía para una revista donde no me pagaban, pero dedicaba tiempo a investigar y leer para escribir; tenía a mi hija pequeña y era tanta la carga que sucedió lo que tenía que pasar: me enfermé. Un buen día no me pude levantar para ir a trabajar. Comencé a llorar y dure ocho meses llorando sin motivo aparente alguno. Fui con mi ginecólogo y le dije: “Doctor Raya, creo que estoy menopáusica”. El respondió que tenía que inventarme otra enfermedad, porque a mi edad no podía ser ni menopausia

precoz. Me envió al psicólogo. Éste, a su vez, me canalizó con un psiquiatra. De hecho fui con varios. Todos parecían más neuróticos y ansiosos que yo. A una de ellas se le iban los ojos al cielo y volvía a empezar la entrevista desde cero, porque olvidaba lo que estábamos conversando. Cuando encontré a quien medianamente me inspiró confianza, me dejé medicar, ansiolíticos y antidepresivos. Eso sí, yo iba a engordar, pero iba a estar más tranquila. Efectivamente, me puse como hipopótamo con chamorros de elefante en 1.50 de estatura. Llenaba de preguntas al loquero. No, no iba a tomar esto toda la vida. Lo que sucedió es que dejé de secretar una sustancia que conecta el hemisferio derecho con el izquierdo, eso produce la depresión. Vamos a monitorear cada semana, puede durar un año, dos, pero se va a ir bajando la dosis del medicamento, o tal vez haya que cambiarlo. Sí, sí voy a poder trabajar, a otro ritmo, pero sí, poco a poco voy a incorporarme a mis actividades habituales.

De manera alternada iba a terapia psicológica. Ahí descubrí que, posiblemente, había algo atrás, guardado en el fondo de mi corazón, tal vez heridas con pus, infectadas, que no cicatrizaban.

Fue muy doloroso ver en mis regresiones las aparatosas escenas que aquí he relatado: abusos,

golpes, vejaciones, heridas, sangre. Lloré de horror, de dolor, de impotencia, de lástima, tuve que recordar para que, al salir lo podrido, sanara la herida.

Dejé de trabajar, no podía manejar, no podía sostener una conversación, no podía hilar ideas, no me podía sostener en pie; tomaba pastillas para dormir, para comer, para despertar; tiraba baba: “¿Qué tiene?, al cabo que tengo más”.

Me convertí en una piltrafa humana. Si antes de esto era sedentaria, introvertida y sin amigos, en esta etapa todo eso se recrudeció.

Pensaba en matarme, pero ¿cómo? Arroján-dome del carro cuando volviéramos del doctor, un balazo tal vez, pero si lo hacía mal, sólo iba a ser carga y gastos para los que se quedarán; con pastillas no, porque no funcionaba. A mi hermana nunca le resultó. ¿Dónde?, que mis hijos no vieran, que no se asusten, que no vean porque se van a quedar traumatados. Acuérdate de que repiten patrones.

Un día fui a la iglesia, desesperada por mi situación. Recuerdo que el ministro me señaló y me pidió que fuera hasta donde él estaba. Me dijo: “Dios escuchó desde el cielo tus ruegos (yo estaba pidiéndole que me curara o me quitara la vida) y hoy te quiere sanar. ¿Lo crees?” Yo comencé

a llorar (una práctica muy recurrente en esos días) y dije: Sí creo. Él hizo oración y Dios me sanó. Ese mismo día pude dormir y comer sin medicamento alguno, como un bebé. A eso lo llamo milagro.

Muchos dicen que la depresión es un invento, que es psicológico; yo sé que es una enfermedad, que paraliza, que imposibilita, consume, y si no se detecta y atiende, lleva a la tumba.

Sé de muertes aparatosas y finales desastrosos porque he dado fe de ellas o los he oído de viva voz. Fui agente del Ministerio Público por tres años; fue el segundo trabajo que tuve al terminar mi carrera. Estuve como titular de una agencia unos tres meses, después le supliqué al procurador —quien había sido mi maestro en la Facultad— que me quitara de sufrir, y me trasladaron como agente del Ministerio Público auxiliar del procurador encargado del área de Derechos Humanos. Ahí me tocaba atender las quejas que se presentaban en contra de los policías judiciales y los ministerios públicos que violaban derechos humanos de los quejosos; vaya que había mucho trabajo.

Una vez se quejó un hombre que violó a una niña de la calle —yo la conocí porque se ponía en un crucero por donde pasaba rumbo al trabajo—. Le metió un tubo en todos los orificios, la golpeó, la quemó, la desangró, y luego se quejó de que

los policías lo habían golpeado. Cuando llamé a declarar al comandante que lo detuvo, éste me dijo: “Yo tengo hijas; lo hice por las mías y por la muertita”.

Me tocó hacer levantamientos de cadáver por suicidios, homicidios y percances automovilísticos. Al principio nada más me inventaba los datos, no quería ver; después, poco a poco, los comencé a ver como si estuvieran dormidos, pero lo que nunca pude fue dejar de sentir pena por el dolor de la gente. Me ponía en sus zapatos, como si me pagaran por llorar con ellos.

Una de tantas tardes llegó una señora golpeada, con huesos rotos. Iba a presentar denuncia en contra de su marido por lesiones. Aunque tenía fracturadas las costillas, una herida en la cabeza porque el marido la había golpeado con una llave stillson y le había clavado la cabeza en la taza del sanitario, ella lloraba por un dolor interno. No sé en qué parte le dolía ser profesionista, una mujer muy preparada —era médico—; le dolía haber dejado su trabajo en el ISSSTE para seguir a ese hombre, le dolía haber tenido ingresos propios y estar muriéndose de hambre por llevar días encerrada con llave en una casa donde la dejaba el marido. Lo más sorprendente de esta historia es que, después de que envié a detener al esposo, a

quien odié por solidaridad y lo consigné al juzgado, esa mujer dolida, con heridas físicas y del corazón, regresó a pedir ayuda para sacarlo de la cárcel, porque ya había hablado con él por barandilla y le había dicho que la amaba; le ofrecía no volver a golpearla. Ella conseguiría para pagar la fianza y llevarse a su hombre a casa. Me dieron asco los dos, no únicamente él; también la estúpida mujer que quiso más al engendro de hombre que a ella misma.

Si algo aprendí en ese trabajo fue a tenerle miedo a la policía. Los policías perfeccionaron sus sistemas de tortura, ya no dejaban lesiones visibles. Dicen que la corrupción existe porque los policías tienen bajos sueldos. Me consta que no es así. Cuando les dan un salario digno, ellos nada más dicen que aumenta la mordida. Había grupos de policías que extorsionaban a los comerciantes, les pedían cincuenta mil pesos a cambio de no subirles un bulto de droga y acusarlos de narcotráfico. Otros policías escoltaban tráileres con droga en su paso por el estado. Sé que todo lo que se dice del narco en la actualidad y sobre los secuestros no es nuevo, pero no por eso deja de ser alarmante y deplorable. El 15 de septiembre del año pasado, en plena plaza principal de la ciudad, a la hora del Grito de independencia, el

crimen organizado detonó unas bombas molotov. Mucha de la gente que fue a celebrar y con ánimo festivo ya no regresó, o quedó incompleta, mutilada, o perdió a un ser querido; volaron partes de sus cuerpos, piernas, brazos, intestinos. Lo sé porque lo vi. Mi esposo tiene un restaurante en el centro, estábamos ahí. Los días siguientes los servicios funerarios anunciaban, por lo menos, quince personas muertas para ser sepultadas en sus capillas, aunque el gobierno dijo que únicamente habían muerto ocho; total, para el poder son sólo estadísticas.

Dejé el trabajo en la Procuraduría porque hubo cambio de administración y el nuevo titular era un misógino: “¿Por qué carambas hay tantas pin... viejas aquí? A ver, díganme quién les dijo a ustedes que las mujeres saben hacer trabajo de escritorio. Las viejas sólo sirven para coger y para la cocina”. Tuve que decirle que era una lástima que las mujeres que él conocía, que seguramente eran su mamá y su esposa, nada más sirvieran para esas dos cosas, porque yo servía para pensar. La prueba era que yo hacía el trabajo que él nada más firmaba sin cuestionar, por lo que yo dudaba de que él supiera siquiera leer. Acto seguido, y como era de esperar, me quedé sin trabajo. A lo hecho pecho. Siempre he sido así. Hablo, pero me

sostengo, no me rajo; si ya lo dije, me aguanto como los machos. Sé que todas las cosas que suceden ayudan para bien y para mejor. Cuando dejé ese trabajo —que era muy absorbente—, comencé a dar clases en un colegio y en la Facultad, y a estudiar mi maestría. De haber seguido ahí, me hubiera fosilizado.

El primer trabajo formal que tuve fue en el Registro Federal Electoral, en un departamento que se llamaba —no sé si todavía exista— Modificación de Situación Ciudadana. Nuestra tarea era depurar el padrón, quitar a los muertitos, los reos y los homónimos para que no votaran. Como siempre he tenido iniciativa, le propuse a mi jefe utilizar un mecanismo que nos ahorraría tiempo. Ésa fue una mala decisión. Lo corrieron porque el mecanismo no era correcto. Me pusieron a mí a cargo del departamento porque, evidentemente, era yo quien, a mis escasos veintidós años, llevaba las riendas ahí; aunque lo hubiera hecho mal, no tenía problemas con la toma de decisiones. Me pagaban un dineral, eran más de tres mil pesos mensuales hace más de quince años. No me duró mucho el gusto. Mi ex jefe me buscó para reprocharme que lo hubiera dejado sin trabajo y yo, por lealtad, renuncié. Hoy leo entre líneas que lo hizo para que yo les botara el trabajo sin previo

aviso y diera muestras de irresponsabilidad y les demostrara que se equivocaron al elegirme. En ese trabajo no había domingos ni días festivos; teníamos hora de entrada, pero no de salida. Mi hijo varón estaba pequeño. No lo cuidé, no lo eduqué, no estuve ahí; sólo por las noches que lo recogía. Hoy me pregunto si valió la pena. A fin de cuentas, lo que les reproché a mis padres fue en lo que también fallé, aunque, claro, yo podría poner otras excusas que, finalmente, serían eso, excusas.

Tuve otros trabajos en el gobierno, opacos, como oficinista asalariada. Pero los últimos que he tenido han sido realmente gratificantes. Me he dedicado a la docencia, fui directora de una escuela secundaria, una preparatoria; subdirectora académica en un colegio, donde dirigía desde preescolar hasta preparatoria. Creo que lo más bello del trabajo docente es que puedo impactar vidas, transmitirles la emoción y la pasión por el saber, por descubrir, por preguntar, por construir, pero también por la vida, por los detalles más pequeños, por los sueños.

A mis alumnos les predico que se puede comer con manteca siendo honestos, congruentes con nuestras convicciones, caminar con la frente en alto, sin miedo ni vergüenza por haber cometido

un acto desleal o amoral. Les enseño que la lectura nos hace libres, que lean, que se cultiven, que no se conformen con lo que yo les cuente.



Cuando digo que tengo veintidós años casada y con el mismo hombre, la gente me felicita, muchos se quitan el sombrero porque, en la actualidad, es raro que los que se casan jóvenes duren mucho, y los nuevos matrimonios son más objetivos y prácticos. No se “entienden” o, simplemente, se dan cuenta de que tienen diferencias “irreconciliables” y se separan. Basta con que uno de los dos engañe o mienta y ya es motivo de divorcio. Se reparten bienes, se reparten hijos, se reparten sueldos y asunto arreglado, cada uno se regresa por donde vino.

Siempre me he preguntado qué requiere más valor: seguir estando o decidir ya no estar; me refiero al matrimonio. Mi mamá siempre ha dicho que el matrimonio es hasta que la muerte te separe, “te casaste, te fregaste”. Dice que en el rancho había una consigna. Cuando la gente se casaba, le decían al hombre: “Hijo, si ése es tu querer, ahí te dejo a esa mujer. Trátala como mula de alquiler, mucho garrote y poco de comer”.

Si pusiera en la balanza mi vida con mi esposo y mi vida antes de él, creo que se inclinaría a su favor por mucho. Sé que “dos que duermen en el mismo colchón son de la misma condición”. Él y yo crecimos juntos. Éramos niños cuando nos casamos; nos moldeamos mutuamente, hemos llorado juntos, hemos viajado, celebrado. Ambos sabemos cuánto nos ha costado obtener los pequeños éxitos en nuestra familia y en nuestros respectivos trabajos. Nos hemos lastimado (dicen que, al marido, amarle como amigo y temerle como enemigo), nos hemos perdonado, somos compañeros de la hoz y del martillo. Ha habido tiempos en los que siento odiarlo con todas las fuerzas de que soy capaz. Hay cosas que hace que me disgustan sobremanera, pero ¿por qué no lo voy a perdonar si yo también se las he hecho? No imagino mi vida sin mi esposo; espero que lleguemos a viejos como dos amigos, tomados de la mano.

Mi primer impulso para describir mi vida es definirla como una hecatombe. Pero si trato de verla objetivamente, de dejar que prevalezca la razón sobre la emoción, diré que ha habido más ganancias que pérdidas, más victorias que derrotas y más cielos soleados que con nubarrones. Con este recuento de mi vida me rescato, me revaloro

y redescubro que si cada vez que me he caído me sacudo el polvo y me levanto, entonces soy una mujer valiente.

Casarme era el vehículo a mi libertad. Hoy sé que mi libertad está en mi corazón al dejar escapar mis fantasmas, al sacar el odio que ahí albergué, al escribir cada frase y llorar cada lágrima que sale cargada de ira, que limpia, que se lleva lo real y lo sobredimensionado; ser libre es disfrutar la vida con todos sus bemoles, es dejar salir a la criatura tierna, sensible, miedosa, escurridiza y amorosa que hay en mí.

De forma impresionante hoy descubro que ser libre es una decisión, que puedo “soltarme el pelo” si así lo quiero, que no puedo cambiar a los demás ni mi historia, pero sí mi manera de percibirlos, de actuar en el futuro, porque todas las personas tenemos una historia que contar que nos define, pero vista desde el retrovisor, sólo es eso: historia.

Graciela Enríquez Enríquez
coordinó esta edición de 1 000 ejemplares

El cuidado de la obra estuvo a cargo de
Yvette Couturier

Se terminó de imprimir en junio de 2011

Diseño de portada
Retorno Tassier, S.A. de C.V.
Río Churubusco núm. 353-1
Col. General Anaya
03340, México, D.F.

Diseño gráfico editorial
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos
03800, México, D.F.
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos
Baskerville en tamaños
9, 10, 11, 13, 16 y 24 puntos

Editado por
DEMAC